

## Entre cumbre y barrancas

En el cierre de este milenio hay varios pintores que están practicando con asiduidad tanto la figura humana al desnudo, como el paisaje, géneros de ninguna manera obsoletos que solo aparentemente se vieron afectados por la patentización de la fotografía en 1839. Fue entonces, en el siglo XIX, que durante una primera exhibición fotográfica se dictaminó la primera de las múltiples actas de defunción de la pintura. El tiempo transcurrido desde entonces demostró dos cosas: por un lado la fotografía llegó para quedarse, y para quedarse como disciplina artística con valores propios, por otro lado la fotografía no era, ni ha sido, una amenaza para la pintura: muchos pintores de la primera línea – Edgar Degas- por ejemplo, la adoptaron, se valieron de ella en pinturas y dibujos, a la vez que realizaron trabajos fotográficos que hoy en vista revisten enorme interés. Otros pintores iniciaron el largo camino hacia el arte abstracto, que tuvo su primer eclosión propositiva (pues el arte llamado abstracto ha existido siempre) a partir de 1910.

El joven pintor Jorge Obregón hizo estudios completos en la Escuela Nacional de Artes Plásticas, la Academia de San Carlos, donde tiempo ha fue profesor el más influyente de los paisajistas mexicanos: José María Velasco. Jorge Obregón es descendiente suyo y de muchos otros: de los pintores catalanes, de los del Hudson River, Del Doctor Atl y de Luis Nishizawa que con tanta dedicación ha formado a varias generaciones de artistas. Obregón parece seguir una trayectoria que en algo se antoja parecida a la de otro paisajista mexicano muy conocido y apto: Raymundo Martínez.

La pintura del paisaje nunca es la reproducción, nunca es el reflejo de lo que el pintor tuvo ante sus ojos cuando creó los primeros esquemas a distancia de varios kilómetros, por ejemplo, del Pico de Orizaba o cuando pudo observar el cráter del inquieto Parícutín que a Atl (Genaro Murillo) se le convirtió en obsesión vulcanológica. Todo pintor de paisaje *abstrae* de lo que ve elige lo que apela a su sensibilidad, a su sentido de la proporción, a su manera de componer una escena. La luz es en buena medida personaje principal de las composiciones, como lo fue –de manera harto distinta- para los pintores impresionistas, tan vituperados en sus inicios y tan venerados en todo el mundo cuando el movimiento, como tal, se había disuelto, cosa que ocurrió en 1880.

Además de los valores intrínsecos que puede ofrecer una pintura de paisaje, los medios de los que el pintor se vale para lograrla, implican una desarrollada capacidad de observación y un ojo entrenado que permite discernir un determinado encuadre mejor que otro. De tal manera que el pintor del paisaje *sur le motif* (como decía Cézanne) es, también una manera, de volver al pintor más pintor.

Dra. Teresa del Conde